

UNA NUEVA PERSPECTIVA SOBRE LA GUERRA DELS SEGADORS: EN BÚSQUEDA DE LA “LIMPIEZA DE FE”

Andrew Joseph Mitchell

Recientemente se ha escrito mucho sobre diversas perspectivas de la Guerra dels Segadors, y las condiciones sociales en los años anteriores a 1640. Con el número de publicaciones disponibles es natural que alguien se pregunte si es necesario otro estudio. En esta comunicación y documento quiero mostrar que existe un aspecto muy importante y también poco conocido de esta Guerra, y de la historia general de la época: el papel del estamento eclesiástico y sus relaciones con la monarquía y con la nación catalana.¹

Las dos obras magistrales sobre el tema, *The Revolt of the Catalans* de Sir John Elliott (1963), y *La Acción de Francia en Cataluña*, de Josep Sanabre (1956), no cubren enteramente este aspecto. El mismo Elliott admitió en su libro que no existía un estudio completo del clero en este período. Y Sanabre, si bien describió la resistencia catalana contra Francia, prestó poca atención al número de catalanes que apoyaron a los franceses o, al menos, que se opusieron a los españoles durante el largo conflicto.

Pero, ¿es necesaria una investigación sobre el estamento eclesiástico en particular? Estoy convencido de que un estudio profundo sobre este tema

1. Esta presentación es el resultado de algunos meses en los archivos de Cataluña. Desgraciadamente, todo mi material, con mi ordenador, me fue sustraído en Roma dos semanas antes del congreso. Por esta razón me resulta imposible aportar citas específicas.

es esencial por dos razones principales. Primero, porque el clero, como grupo o estamento, fue el responsable máximo del inicio de la revuelta en la primavera del 1640. Y segundo, porque el clero, en sus funciones seculares y espirituales, fue el vínculo que unió las diversas facciones de Cataluña durante las dificultades y tribulaciones del otoño siguiente: tiempo suficiente para transformar una revuelta en una revolución y para instigar un conflicto de casi veinte años que devastaría todo el Principado.

Durante muchos de los años del reinado de Felipe IV, el Principado de Cataluña tuvo relaciones tensas con al gobierno de Madrid. Las duras medidas adoptadas por Olivares provocaron una serie de confrontaciones políticas, jurídicas, y económicas que quedaron sin resolver durante muchos años. Pero, a pesar de esta presión del centro, los catalanes pudieron mantener un espíritu de “convivencia” con Madrid. El comienzo de la guerra con Francia en 1635 puso de manifiesto las malas relaciones entre Cataluña y la corte, particularmente a causa del alojamiento de los soldados reales y sus movimientos por toda el Principado. Aunque las tensiones aumentaron y la enemistad se hizo más visible, no había voces que llamaran a la separación o a la revuelta. Los catalanes aguantaron asaltos a sus instituciones, a sus libertades políticas y a sus privilegios económicos con un espíritu paciente. Lo que finalmente rompió el silencio fueron los incendios de las iglesias del Santísimo Sacramento de Riudarenes y Montiró, y las excomuniones que siguieron a estas acciones. Previamente, las dificultades con Madrid solamente habían afectado a algunos grupos o facciones de la población catalana. Pero los incendios constituyeron una ofensa, un crimen contra todo el Principado. En una patria tan dividida entre facciones como Cataluña, solamente una chispa religiosa podía levantar a todo un pueblo y esto es lo que sucedió.²

No es una novedad señalar que los orígenes inmediatos de la revuelta se encuentran en las profanaciones del Santísimo Sacramento y en las excomuniones y que por esto la religión y el clero tuvieron un papel significativo en el inicio de la guerra. Pero, ¿qué pasó durante el verano y el

2. Cuanto más se estudia la historia de Cataluña durante el siglo XVII o en época anterior, mejor se ve que las grandes coaliciones entre facciones catalanas fueron muy raras. La intensa antipatía entre la Iglesia (en particular, los capitulares) y las ciudades en Girona, Barcelona, Vic y La Seu d'Urgell pocos años antes de 1640 y su disolución poco después confiere mucha más importancia a los hechos de 1640.

otoño de 1640, cuando la incipiente revuelta social se transformó en una determinación colectiva para resistir y oponerse a los ejércitos del rey? Al dar respuesta a esta pregunta, es difícil infravalorar el papel del clero catalán en sus funciones seculares y espirituales.

En su esfera secular y política, los eclesiásticos constituyeron una parte muy significativa e importante del grupo que empezó a negociar con Francia en el verano del 1640. Los eclesiásticos asistieron a la reunión de los Brazos Generales y mandaron su justificación oficial al Papa Urbano VIII. También los clérigos como Gaspar Sala y Marqués, el canónigo de Urgell, escribieron folletos para justificar la revuelta ante el público erudito, al que recordaron las profanaciones cometidas. Al igual que Pearl Harbour para los norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial, Riudarenes y Montiró sirvieron como un punto de referencia que influyó en la población catalana durante muchos años después de que se hubieran enfriado las cenizas finales.

En su esfera espiritual, los eclesiásticos celebraron un Corpus Christi especial, a petición del nuevo gobierno de Cataluña, en noviembre de 1640. Cabe destacar que tres obispos (Parceró, de Girona; Senmanat, de Vic, y el de Solsona) vinieron a Barcelona para esta ocasión, aportando de esta manera un grado de legitimidad al gobierno, que ya se encontraba en una postura de rebelión. Durante el avance del ejército del marqués de los Vélez, muchos clérigos tomaron las armas en defensa de la provincia y algunos monjes esquivaron el ejército que se acercaba a Barcelona para ayudar a la defensa de la ciudad. Lo más significativo en los días anteriores a la batalla de Montjuïc (enero de 1641) es que todas las iglesias de Barcelona permanecieron abiertas todo el día. Pero en ellas los sacerdotes no hablaron de arrepentimiento o de perdón, sino que oraron a Dios por la salvación y liberación del Principado y también por la derrota del ejército real.

Que hayamos descubierto un número significativo de eclesiásticos que durante la primera crisis de la rebelión apoyaron a los rebeldes contra su Majestad Católica obliga a plantear determinadas preguntas. ¿Qué impulsó a estos hombres a comportarse de un modo tan llamativo? Mientras que había razones fundamentales y seculares que pudieron influir en ello (de hecho, vivían en el mismo mundo que los seglares), quiero sugerir que también existe una razón religiosa: la búsqueda de pureza, que yo he llamado “la limpieza de fe.”

Hay tres principios interrelacionados que han construido esta limpieza de fe peculiarmente catalana. El primero, común a todo el clero catalán, fue una adhesión estricta al Concilio de Trento. Entre otras cosas, esto significó que los obispos residieron en sus diócesis, y tuvieron un gran interés pastoral por sus feligreses, y que hubo convocatorias regulares de Concilios Provinciales para discutir el estado de la iglesia catalana. Es muy significativo que estos concilios provinciales, cuyas reuniones fueron ordenadas estipuladas y determinadas por el Concilio de Trento, no llegaron a cumplirse del todo en ningún país, salvo en Cataluña, hasta el fin del siglo XVIII.

El segundo principio fue la tendencia a seguir los dictámenes de Roma, como la autoridad final en muchos aspectos, especialmente los religiosos. Por eso, varias diócesis catalanas tuvieron sus propios agentes en la Curia Romana. Desde mediados del siglo XVI varios Papas consideraron a Cataluña como una parte de “España,” y España tenía su propia embajada ante la Santa Sede. Sin embargo, parece que los catalanes fueron objeto de esta segunda distinción durante los primeros años de la Guerra dels Segadors, cuando la Sede de San Pedro estuvo ocupada por la familia Barberini.

Finalmente, el tercer elemento, y el aspecto que dividió los catalanes (clero y laicos), fue una perspectiva cautelosa sobre las relaciones entre el rey y la iglesia. Mientras que había un gran interés en mantener la fuerte voz de la iglesia como equivalente a la conciencia del rey y de la nación, había también otra corriente muy fuerte que insistía en preservar las inmunidades eclesiásticas frente a las infracciones y usurpaciones cometidas por el poder secular. Este tercer principio fue el más criticado en 1640, porque en aquel momento, a mediados del siglo XVII, la Cristiandad se hallaba en un estado de crisis.

Desde la ascensión del emperador Constantino, los cristianos habían debatido cuál debía ser la relación correcta entre la Monarquía (con un rey cristiano) y la Iglesia. Durante siglos, en la Edad Media, Iglesia y Monarquía iban de la mano, de lo cual se beneficiaban ambas instituciones. Tras la Reforma protestante, sin embargo, antiguas preguntas reaparecieron: La presencia del poder de la Monarquía en asuntos eclesiásticos, ¿corrompe a la Iglesia?; El poder terrenal, ¿es justo o ético y, por tanto, compatible con la moral cristiana?; ¿debe la Iglesia ser la institución con más poder y autoridad para combatir las herejías?

Debido a que en aquel momento la lucha era solamente contra el Protestantismo y el turco, los católicos pudieron mantener las relaciones tradicionales de la Edad Media. Pero, de nuevo, a causa de la guerra entre Francia y España, estas relaciones cambiaron drásticamente. Ahora bien, no se discutía si el catolicismo – la verdadera fe – podía triunfar sobre el protestantismo, ya que era evidente que no. En aquel momento, la pregunta más importante era quién hablaba en nombre del catolicismo, ¿el rey de Francia o el de España?, ¿el Papa y los concilios? De esta crisis de autoridad, emergieron gradualmente dos tendencias en Europa. La primera pensaba que el poder terrenal (la Monarquía) debe estar por encima de cuestiones religiosas y trabajar por la paz y el buen gobierno de sus súbditos, aun cuando la política del rey no se acerque mucho a los preceptos religiosos. La otra tendencia pensaba que el rey sólo era justo y buen gobernante si respetaba a la Iglesia, su voz, sus privilegios y prerrogativas.

Si partimos de este criterio de los tres principios (lealtad al Concilio de Trento, considerar Roma como guía, y un interés en la defensa de privilegios eclesiásticos) podemos ver y explicar en parte algunos sucesos en los años anteriores a la Guerra dels Segadors, así como otros que acontecieron durante la misma, desde otra óptica. Por ejemplo, es posible explicar en parte por qué los monjes benedictinos de Cataluña no respetaron las reformas de Madrid; porque emanaron de un poder secular. También explica en parte la enemistad con Santo Oficio, que fue visto como una rama corrupta de la Iglesia. Es interesante que los catalanes desecharon el Santo Oficio, corrompido por el control que el poder terrenal ejercía sobre él, y, sin embargo, respondieron a él con un nuevo Santo Oficio. Al inicio, fue el antiguo Santo Oficio medieval, que dependía de los obispos y del Papa, y no del poder secular, pero en poco años, esta forma fue manipulada por los franceses y por una parte de las autoridades catalanas, que usaron este Oficio para perseguir a los que consideraron enemigos de la patria. El gran interés en la pureza de la fe catalana también aparece en los escritos y mensajes de Candiotti, el *Col·lector Apostòlic* en Barcelona durante la guerra, que trataron de demostrar una conexión entre la defensa de privilegios eclesiásticos y la defensa de las instituciones y derechos catalanes contra los castellanos y los franceses. También explica las comparaciones que se efectuaron con la necesidad de expulsar a los moriscos en 1609, ya que se trataba de un sentimiento de “limpiar” el cuerpo político. Finalmente, explica en parte por qué muchos clérigos que resistieron y se opu-

sieron al ejército de los Vélez en 1641 se levantaron contra los franceses en 1644. Aunque el rey Felipe IV y su privado Olivares demostraron sentimientos de regalismo, ellos no tuvieron la determinación del gobierno francés en imponer sus “libertades gallicas” en Cataluña.

En conclusión, es necesario recordar que la revolución de 1640 es importante no solamente por su propia causa, sino porque nos puede aportar datos muy valiosos sobre la condición europea en el siglo XVII. Es importante porque en aquella época—los años centrales de la Crisis General— Europa (y también otras partes del mundo) estuvo sumida en el caos. De todas aquellas dificultades, conflictos y guerras nació la Edad Moderna. Mientras historiadores como Geoffrey Parker continúan investigando aquella encrucijada, nosotros también necesitamos recordar y demostrar que vivimos igualmente en una encrucijada: la crisis al fin de la Edad Moderna. Si tras esa crisis entramos en otra Edad Oscura o no, no nos corresponde afirmarlo. Pero, es cierto que muchas de las preguntas a las que se hubieron de hacer frente los europeos del siglo XVII son las mismas que las que tenemos planteadas actualmente. Lo más importante de estas preguntas gira en torno a la naturaleza y los conflictos entre una institución, el Estado, que había intentado mandar en Europa durante los siglos anteriores, y otra, la Iglesia, que creció y gobernó Europa a lo largo de más de un milenio.